

plandece el sol sobre la nieve, sin duda para decir, que siendo la frente blanca, el cabello era rubio; un nudo dado en el cabello, en cuyo nudo el sutil amor quedó enredado para hacer lazos y marañas *de ello* (la gramática exigía *de él*), y atar el pensamiento al más delgado (¿Qué quiere decir esto? ¿quién es el más delgado?); unos arcos de vello, armados de cien flechas y más, unos labios que son *rieles* con que el placer *rie* por sus orillas; unos caireles de dientes, en cada uno de los cuales hay un millón de maravillas; unos ojos *verdes* (Qué hermosos serían!), cuyas luces bellas son mil soles (No era malo, si cada uno de ellos era un sol; pero mil? ¿quién podría resistir tanta luz y tanto calor?), porque mil estrellas son pocos mejillas que son dos mayos de azucenas y claveles en un verano; y lo demás que he omitido por evitar prolijidad; ¿es esto, no digo, describir poéticamente, pero ni siquiera hablar como racional? Por el contrario, veamos todavía otra del inmortal Cervantes, que en el prólogo del *Quijote* describe así el exterior y ademán de un escritor pensativo: *Muchas veces tomé la pluma para escribilla* (la prefación), *y muchas la dejé por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró á deshora un amigo mio*, etc. Hé aquí un cuadro acabado, que un pintor puede inmediatamente trasladar á la tela; hé aquí lo que se llama describir con verdad y copiar la naturaleza; hé aquí el hombre que tenía gran talento para describir, y que en esta prenda y otras muchas de las que constituyen un escritor, no conoce igual entre nosotros. Léanse tantas descripciones de todas clases como hay en sus obras, y se verá que ninguno de nuestros autores de prosa ó verso puede competir con él en el talento de pintar. Por eso es el mejor y el primero de nuestros escritores. Porque, no lo dudemos, este arte de poner á la vista del lector los objetos con tanta verdad y tan al vivo como si estuviesen presentes, es el secreto de los grandes maestros; es un talento raro y precioso, que no se suple con relumbrones, palabrotas de pié y medio, y monstruosas combinaciones de partes que no están, ni pueden estar reunidas en la naturaleza, ni forman un todo regular. Estos fantásticos seres criados por una desarreglada imaginación, son cabalmente la cabeza humana unida al cuello de caballo con plumas de varios colores, de que habla Horacio.

Pintura de persona ficticia.

Así se llaman los seres morales y abstractos, como las virtudes, los vicios, la fama, el deleite, etc., cuando les damos cuerpo ó los personificamos. Tal es la bellissima pintura de la *Fama* en Virgilio, lib. IV de la *Eneida*, y tal esta de la *Envidia* en Ovidio (lib. II de los *Metamorfóseos*).

*Pallor in ore sedet, macies in corpore toto;
Nusquam recta acies; libent rubigine dentes;
Pectora felle virent; lingua est suffusa veneno;
Risus abest, nisi quem visi movere dolores.*

Pálido rostro, cuerpo descarnado,
Atravesada vista, negro diente,
Hiel en el corazón, lengua bañada
En veneno mortal, risa ninguna;
Sino cuando se goza y se sourie
Al ver ajenos males y dolores.

Pongamos ahora al lado de esta concisa y significativa pintura varias de la misma clase que Lope reúne en el libro VII de su *Jerusalén*, y se verá lo que va de un verdadero poeta á un amplificador de frases. Habla del consejo tenido por Luzbel para impedir el arribo de los cruzados á Palestina; y despues de decir que á su voz alzaron la frente los siete pecados capitales, los describe así:

La Soberbia en figura de gigante,
Armada de blasfemias y de voces,
Se le puso colérica delante
Con mil sierpes voraces y veloces.
Cerradas las dos manos de diamante,
La caduca Avaricia los feroces
Miembros movió de un lago de oro ardiente;
Tántalo de ambición eternamente.

Hermosa, aunque en figura de sirena,
De los pechos abajo cabra informe,
La Lascivia volvió la cerviz, llena
De vivo azufre, al capitán enorme.
La Envidia vil, á quien su propia pena
Le dieron por castigo más conforme:
Su mismo corazón, por dar oídos,
Apartó de sus dientes carcomidos.

Gruesa, membruda, colorada y fresca,
El vientre grande, la garganta larga,
Se alzó la Gula que entre carne y pesca
A un vaso bacanal la mano alarga.

La frenética furia que refresca
Cólera requemada y hiel amarga,
Paró la Ira : y solo la Pereza
No levantó del suelo la cabeza.

Omitiendo aquí varias observaciones, que serán mas oportunas en otro lugar, nótese únicamente la falta de gusto con que están escogidos casi todos los rasgos característicos de los vicios, y el tono burlesco con que están trazados algunos de los que pueden convenirles ; jocosidad incompatible con el tono serio, grave y majestuoso de la epopeya. Pero nótese tambien cuán feliz y vigorosa es la última pincelada,

..... «y solo la Pereza
«No levantó del suelo la cabeza.

Descripcion de las cualidades morales de un individuo.

Cervántes, en el capítulo XIII, parte I del *Quijote*, describió así las de Grisóstomo. *Este cuerpo, señores* (dice su amigo Ambrosio), *que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesia, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado.* Este retrato, que es bueno en boca de Ambrosio, porque este habla y debe hablar el lenguaje de un estudiante de aquel tiempo, no lo sería tanto en boca del autor y en una obra de otro género, porque parecería dibujado con demasiada simetría y recargado de contrastes estudiados. Pero aun así podría pasar por modelo al lado del siguiente de Balbuena. En el libro III del *Bernardo* quiso hacer el retrato de un tal Altravicio, personaje que no vuelve á parecer en todo el poema; circunstancia por la cual, aun estando bien hecho, era inútil é inoportuno. Pero es como todas las descripciones suyas que ya hemos visto, y otras muchas que pudieran citarse. Dice así :

Venia en el servicio del rey Casto,
Altravicio, un fantástico mancebo,
De aguda presuncion, de ingenio vasto,
De antiguas vidas un archivo nuevo :
Momo de habilidades, cuyo pasto
Fué siempre decir mal, y de este cebo

Sacó por menor paga y mayor mengua
Dos riendas en la cara, y no en la lengua.

Autor de *extraordinarias opiniones*.
Vano, hablador, baraja de porfias,
Tan lleno de razon y de razones,
Que venciera con ellos un Golias,
Adulador, quimera de invenciones;
Y por dar en privado aquellos dias,
Y fingirse algo allí donde era nada,
Al rey acompañaba en la jornada.

Sobre semejante retrato nada hay que decir. Cualquiera ve que en todo él no hay mas rasgos buenos que cuatro, *de ingenio vasto, vano, hablador, adulador*, que todo el resto es detestable, y que escribir de esta manera, no es como quiera no saber retratar las cualidades intelectuales y morales de un hombre, es no tener sentido comun. Fácil sería demostrar que todas las expresiones notadas con letra bastardilla son de pésimo gusto ; pero esto sería malgastar el tiempo : ellas mismas lo están diciendo.

Descripcion de las cualidades morales, no de un individuo particular, sino de una clase entera.

El griego Teofrasto escribió una obra entera sobre varios de estos caractéres morales : los veinte y ocho que nos quedan están trazados con maestría, y escritos con aquella sencillez y naturalidad que admiramos en los escritores griegos del buen tiempo. La Bruyere, el primero que entre los modernos publicó una obra de la misma naturaleza y con el mismo título, tiene muchos rasgos felicísimos, y que prueban un gran conocimiento del corazon humano ; pero en general hay demasiada sutileza y poca naturalidad en sus largas descripciones. Como estos caractéres, trazados de propósito, son bastante extensos, daré para muestra algunos mas breves tomados de escritores nuestros. Cervántes, por ejemplo (en la *Galatea*), dice del zeloso : *En siendo el amante zeloso ; conviene que sea, como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado. Y á tanto se excede la zelosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere, es á quien mas mal desea. Querria el amante zeloso que solo para él fuese su dama hermosa, y fea para todo el mundo : desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oídos para oír, ni lengua para hablar ; que sea retirada, desabri-*

da, soberbia y mal acondicionada : y aun á veces, apretado de esta pasion diabólica, desea que su dama se muera... Cualquier sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace.

En el Hipólito y Aminta de D. Francisco Quintana se dice, que los vanagloriosos son aquellos á quienes el viento de la jactancia levanta sobre sí mismos ; los que procuran que injustamente los veneren ; los que favorecen á los aduladores ; los que quieren enseñar, cuando para sí no saben ; los que intentan ser tenidos por doctos en lo que no entienden ; los que se huelgan de que se crean de ellos cosas grandes ; los que en las palabras son tan graves que se escuchan ; los que son en prometer veloces y en dar limitados, etc.

Acerca de estos caractéres se debe prevenir lo mismo que de los retratos de los individuos se dirá en otro lugar, á saber, que deben ser muy verdaderos ó fielmente copiados de la naturaleza, no de pura imaginacion ; y que las facciones, por decirlo así, de la clase retratada sean de tal modo las suyas, que no puedan convenir á otra. El último que he citado tiene algun defecto en esta parte. No así el siguiente de Saavedra, en sus *Empresas*, en el cual hace el retrato moral, no de un individuo ó clase particular sino del hombre en general. Ya se deja entender que de los vicios y defectos comunes de que habla, son excepciones honrosas los hombres virtuosos que saben refrenar sus pasiones. Es, dice, el hombre el mas inconstante de los animales, á sí y á ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interes y la pasion se va mudando... Sabe disimular y tener ocultos largo tiempo sus afectos: con palabras, la risa y las lágrimas encubre lo que tiene en el corazon; con la religion disfraza sus designios, con el juramento los acredita, y con la mentira los oculta. Obedece al temor y á la esperanza; los favores le hacen ingrato, el mando soberbio.... Escribe en cera los beneficios que se le hacen; las injurias recibidas, en mármol... El amor le gobierna, la ira le manda. En la necesidad es humilde y obediente; y fuera de ella arrogante y despreciador. Lo que en sí alaba ó afecta, le falta. Se juzga fino en la amistad, y no la sabe guardar. Desprecia lo propio, y ambiciona lo ajeno. Cuanto mas alcanza, mas desea. Con las gracias ó acrecentamientos ajenos le consume la envidia. Ama en los demas el rigor de la justicia, y en sí la

aborrece. Este cuadro es verdadero, y está enérgicamente dibujado. Solo fatiga un poco leer de seguida tantas cláusulas breves, cortadas y simétricas ; pero este es el carácter, ó por mejor decir, el defecto general del estilo de Saavedra.

ARTÍCULO II.

Enumeracion.

Por los varios ejemplos que he citado de toda clase de descripciones, ha podido verse ya que estas se hacen, ó enumerando simplemente las partes, cualidades y circunstancias del objeto, ó diciendo ademas algo de cada una de ellas. Mas como se pueden enumerar tambien cosas que no sean rasgos descriptivos, y decir algo de cada una de ellas; se han considerado estas dos formas como distintas de la descripcion, y se distinguen con nombres particulares. La simple enumeracion se llama *enumeracion de partes*; la enumeracion acompañada de afirmaciones ó negaciones sobre cada una de las cosas enumeradas, *distribucion*.

Simple enumeracion.

Tal es entre otras de Ciceron la que en la segunda *Catilinaria* hizo de todas las gentes de mala conducta que eran amigos de Catilina; dice así: *Quis tota Italiá veneficus? quis latro? quis sicarius? quis parricida? quis testamentorum subjector? quis circumscriptor? quis ganeo? quis nepos? quis adulter? quæ mulier infamis? quis corruptor juvenutis? quis corruptus? quis perditus? qui se cum Catiliná non familiarissime vixisse fateatur?* « Qué envenenador « hay en toda Italia, qué salteador de caminos, qué asesino, « qué parricida, qué falsificador de testamentos, qué estafador, « qué disoluto, qué dissipador, qué adultero, qué mujer in- « fame, qué corruptor de la juventud, qué joven voluptuoso, « qué hombre perdido, que no confiese haber vivido con Ca- « tilina en la mas íntima familiaridad? » No he traducido literalmente *ganeo* y *nepos*, porque los términos que exactamente les corresponden en castellano, son bajos.

Cervántes hace en el prólogo del *Quijote* una muy buena enumeracion de las circunstancias que favorecen á un escritor, para que sus obras sean perfectas, y de que él carecia cuando compuso la suya, hallándose, como se hallaba, en una cárcel:

donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion. El sosiego, dice, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las Musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla y de contento.

No es de este gusto una enumeracion de Lope en el libro ix. de la *Jerusalen*. Contando cómo el mágico Majadal intentó impedir á los Cruzados el desembarco en Palestina, poniendo á la entrada del puerto de Jope un barco lleno de animales ponzoñosos, no perdió la ocasion de lucir su erudicion; y así, despues de haber dicho, que Majadal

..... con cien esclavos parte
Al monte de Seniz y Antipatrida,
En cuya sierra y campo los reparte,
Ya con encanto, ya con red tendida,
Para que con industria, ingenio y arte
Toda serpiente venenosa asida,
Hinchesen un navío, que la entrada
Estorbara á Ricardo y á su armada :

en lugar de pasar inmediatamente á referir que así se hizo, y cómo los cristianos superaron este obstáculo, lo cual hubiera sido saber contenerse en los límites que prescriben las reglas mas comunes de toda narracion; se detiene á darnos la siguiente lista de todos los animales venenosos que se conocen, y aun de muchos que nunca han existido sino en el país de las fábulas, y dice :

Áspides, sapos, quencris, sipedones,
Y de Rindaco sierpes voladoras;
Viboras, hemorroidas, icneumones,
Modites, de la arena moradoras;
Pórfiros indios, hepás y dragones;
Salpingas, de la trompa imitadoras;
Con doblada cabeza anfesibenas,
Y salamandrias de veneno llenas.

Dipsas y equidnos de cruel terreno;
Natriees, crocodilos, angos, faras;
Las culebras que dejan el veneno
Ántes que beban en las fuentes claras;
El cancro ponzoñoso, de piés lleno;
Los jáculos que vuelan como jaras,
Los que el amor inspiran, los esquincos
Que por los prados van corriendo á brincos;

Las cerastas que engañan á las aves,
Viboras, esteliones y quelidros;
El basilisco, á quien las sierpes graves
Huyen; los veneniferos enidros.

Qué insufrible pedantería!

De la misma clase, pero mucho mas desatinada, pedantesca é indecente, es una de Balbuena en el libro xviii del *Bernardo*, cuando al describir la cueva del mágico Tlascalan, hace un inventario de todas las baratijas que habia en ella. No la copiaré por demasiado larga, como que tiene nada ménos que sesenta y cuatro versos; porque hay en ella expresiones que ni aun como cita pueden entrar en esta obra, y porque para muestra del gusto de su autor en materia de enumeraciones basta la ya citada de Morgante. El que tenga estómago y paciencia puede leerla en el original, y verá que desde que Apolo es Apolo y las Musas Musas no se ha escrito jamas en ninguna lengua cosa de tan depravado gusto. Y lo mejor es que al catálogo de los utensilios mágicos sigue inmediatamente otro de las piedras preciosas que adornaban la cueva, ocupa siete octavas, y, si cabe, es peor que la antecedente, por los errores vulgares que contiene acerca de las virtudes ocultas y milagrosas de ciertas piedras.

Enumeracion con distribucion.

Esta, como he dicho, añade á la simple enumeracion el afirmar ó negar algo de cada una de las cosas que se enumeran. Así Ciceron, enumerando irónicamente en la oracion *pro Milone* todos los que habian sentido la muerte de Clodio, dice de cada uno cosas distintas. Estas son sus palabras : *P. Clodii mortem æquo animo ferre nemo potest: luget senatus, mæret equester ordo, tota civitas confecta senio est, squallent municipia, afficiantur colonie; agri denique ipsi tam beneficium, tam salutarem, tam mansuetum civem desiderant.* « Inconsolables están todos por la muerte de Clodio : llora el senado, el órden ecuestre está lleno de tristeza, « y la ciudad entera traspasada de dolor; los municipios se « visten de luto, las colonias se afligen, y los campos mismos « echan de ménos á tan benéfico, tan útil y tan pacífico ciudadano. »

Cervántes tiene tambien una buena distribucion en el capítulo II, parte I. cuando dice : *Hechas pues estas prevenciones no quiso (D. Quijote) aguardar mas tiempo á poner en*

efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar, y deudas que satisfacer.

Para emplear con oportunidad estas dos formas, téngase presente que la distribucion supone mas tranquilidad en el que habla, y la simple enumeracion cierto grado de viveza y movimiento en la fantasia. Las circunstancias indicarán al escritor cuál de ellas deberá preferir en cada caso, como tambien si convendrá ó no individualizar una idea general, enumerando las particulares que comprende, porque esto, si se hace sin discernimiento, conduce al estilo difuso ó asiático. Este es, se puede decir, el defecto capital de casi todos nuestros poetas. En cogiendo entre manos un pensamiento que abraza una serie de ideas, ó un todo compuesto de muchas partes, no paran hasta haber individualizado prolijamente aquellas, ó haber hecho de todas estas una fastidiosa enumeracion.

CAPITULO II.

DE LAS FORMAS PROPIAS DEL QUE RACIOCINA Ó DISCURRE.

No se comprenden bajo este título las formas *lógicas* del raciocinio, conocidas en las escuelas con los nombres de *silogismo, entimema*, etc. Aquí se trata de las formas oratorias que emplea para presentar sus pensamientos un hombre que discurre tranquilamente, y quiere mas bien instruir á los que le oyen que conmoverlos é inflamarlos. Fácil es conocer que en este caso coordina simétrica y paralelamente sus ideas, *oponiendo unas á otras las que son contrarias; concede en parte é hipotéticamente lo mismo que se disputa, para probar que aun concedido no le perjudica, hace reflexiones sobre los hechos de que trata; insiste sobre aquellos pensamientos que le parecen mas interesantes, variándolos, extendiéndolos é ilustrándolos; observa escrupulosamente la gradacion de las ideas, y las coloca en la debida progresion; pica, por decirlo así, la curiosidad de sus oyentes, y ejercita su inteligencia con inesperadas y aparentes paradojas; compara unos objetos con otros, haciendo sentir lo que tienen de semejante; siembra su discurso de dichos graves y sentenciosos; previene las objeciones que se le pudieran hacer; y dice ex-*

presamente que *va á pasar* de un punto á otro, ó á *interrumpir* el que habia comenzado, ó á *volver* al que habia interrumpido. A estas varias maneras de presentar los pensamientos han dado los retóricos escolásticos los doctos nombres de *Antitesis, Concesion, Epifonema, Expolicion, Gradacion, Paradoja, Semejanza ó Simil, Sentencia, Prolépsis, Transicion, Reyeccion y Revocacion*. Y aunque el saber estos términos técnicos y las puerilidades que bajo estos títulos se enseñan en las Retóricas vulgares, de nada sirve en la práctica, no sucede así con algunas muy juiciosas observaciones que han hecho los buenos críticos sobre el modo y la ocasion de emplear cada una de estas formas. Las expondré pues, conservando los términos técnicos ya indicados.

Antitesis.

Esta palabra griega significa literalmente *contraposicion*, y por eso se llama así con toda propiedad *la forma que tiene el pensamiento cuando se contraponen unas á otras ideas contrarias; ya estén expresadas por sola una palabra (1) ya por una frase entera.*

Son tantas las acciones y cualidades contrarias, esto es, que se excluyen una á otra, como *amar y aborrecer, temer y esperar; rico, pobre; vivo, muerto; duro, blando*, etc., que es imposible que no ocurran con frecuencia sus ideas. Pero como el detenerse á contraponerlas una á otra simétricamente, para que resalten mas, supone que el que habla, se halla en un estado tranquilo que le permite observar esta contraposicion y hacerla observar á los otros; es menester, por regla general, no emplear estos formales contrastes en los pasajes patéticos, ó cuando se supone muy acalorada la imaginacion de aquel en cuya boca se ponen. No se ha de entender esto tan literalmente, que si alguna vez la naturaleza misma del pensamiento pidiere esta contraposicion, deje de hacerse aun en medio del fogoso lenguaje de la imaginacion y las pasiones. Lo que se previene es únicamente, que por lo comun esta forma es mas propia del razonamiento y de la reflexion; y sobre todo que en cualquier pasaje en que se halle, sea natural y no buscada con demasiado estudio. Así es muy oportuna, y nada

1. Como cuando dijo Ciceron — La licencia ha vencido al pudor, la audacia al miedo, la demencia á la razon, etc. Tambien puede envolver todo un pensamiento, v. g. — Orgullo y bajeza, fuerza y debilidad, grandeza y humildad, tal es el hombre.